

CEREMONIAS DE ANIVERSARIO.—

# Exhortación a los Estudiantes

## Hace Rector-Delegado de UC

"Respondan con esfuerzo, con sacrificio cuando sea necesario, al privilegio que la Patria les otorga al colocarlos en este hermoso puesto de servicio" —dijo ayer a los estudiantes de la Universidad Católica de Chile el Rector-Delegado, Jorge Swett Madge, durante la ceremonia conmemorativa de los 85 años de existencia de esta casa de estudios.

Los actos organizados para celebrar esta fecha comenzaron a las 11 horas, con una misa solemne oficiada por el Cardenal Raúl Silva Henríquez, Gran Canciller de la Universidad, en la casa central de la misma, y a la que asistieron autoridades de Gobierno, eclesiásticas y docentes.

En su homilía, el Cardenal Silva Henríquez destacó la importancia de la catolicidad de la Universidad, que es "un don adicional que está destinado a convertir a una casa de estudios superiores en la primera servidora de la cultura y de las necesidades de los más modestos".

Al término de la ceremonia sacra hablaron Gabriel Cuevas, presidente de la Asociación de Ex Alumnos de esta corporación, y Arturo Fontaine Talavera, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile.

Cerró el acto el discurso del Rector-delegado Jorge Swett Madge, luego del cual invitó a los asistentes a la inauguración de una exposición titulada: "85 años: Recuerdos iconográficos", que se exhibirá durante una semana en el patio principal de la Casa Central universitaria.

### DISCURSO DEL RECTOR

El siguiente es el texto de la intervención del Rector-delegado en los actos conmemorativos de los 85 años de vida de la U. Católica de Chile:

"Al cumplirse ochenta y cinco años de vida de la Universidad Católica de Chile, pesa sobre mí la responsabilidad grave y enaltecida de la Rectoría. Llegué a ella con un profundo respeto, respeto al que al andar del tiempo y la experiencia humana han ido sumando un afecto también profundo y sincero.

No tuve el privilegio de ser alumno de este plantel, porque mi vocación me condujo por otras rutas en las cuales se canalizaron mis inquietudes personales y mi afán de servicio a la patria. Tampoco me ha cabido desempeñarme como docente en estas aulas. Sin embargo, es tal la riqueza del espíritu que en ellas reina, tan viva la cordialidad, tan honda el alma común de académicos, administrativos y estudiantes, que hoy —al dirigir a ustedes la palabra— me siento como un miembro más de este conjunto humano.

En esa condición, rindo homenaje en esta casa a quienes, durante 85 años de valiosa trayectoria, han servido y sirven en ella lealmente a la Patria, a Dios y a la Universidad.

Su nacimiento, en la época

que la Iglesia y el país vivían a fines del siglo XIX, debía adquirir el carácter de un símbolo. Fue, en efecto, un período en que el Estado —en nombre de una mal entendida libertad— pretendía monopolizar la educación y ponerla a su servicio. Se trataba de suprimir o neutralizar la enseñanza católica, y bajo el pretexto de un imaginario pluralismo, la autoridad buscaba impedir que se instruyera a la infancia y a la juventud en los principios de la fe y la filosofía cristianas.

A esos intentos, no siempre bien disimulados, de controlar la docencia, la Iglesia de Chile respondió vigorosamente, creativamente.

Parte de su respuesta es esta Universidad, hija legítima del imperativo mandado de "ir y enseñar a todas las gentes".

No fue, ni podía ser, una Universidad más: era y debía ser una Universidad Católica de Chile. En su nombre mismo permanece —inconfundible e irrenunciable— la misión que le compete: aspirar al universo del conocimiento humano, bajo la inspiración de la doctrina de la Iglesia y al servicio leal y honesto de la Patria.

Por eso, y no por azar, es Universidad Católica de Chile.

Sus comienzos fueron modestos, al igual que los de tantas grandes empresas humanas. Creada el 21 de junio de 1888, por decreto del entonces Arzobispo de Santiago, monseñor Mariano Casanova, abrió el año académico con el primer curso de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, compuesto por setenta alumnos.

Ha pasado desde entonces mucho tiempo y mucha gente por sus aulas. Personalidades que figuran en la historia de nuestro país fueron estudiantes de la Universidad Católica, o maestros, o ambas cosas.

El contingente inicial de setenta muchachos ha llegado hoy a los once mil quinientos alumnos regulares, más un número considerable que siguen cursos de postgrado y alrededor de cincuenta mil adultos, a quienes se presta atención docente a través de diversas fundaciones y departamentos.

No es la única forma de crecer que ha tenido la Universidad: nuevas unidades académicas, nuevos centros de investigación, nuevos servicios, testimonian su afán de universalidad. Cuatro sedes —Talca, Temuco, Talcahuano y Villarrica— extienden hacia otros ámbitos de Chile el aporte del pensamiento católico.

El período que recién terminamos de vivir presentó otro intento —esta vez más desembozadamente— de apoderarse de toda la educación y los valores nacionales, para ponerlos al servicio de una ideología.

De nuevo la Universidad fue una respuesta vigorosa y clara. Aunque reflejando en su interior las tensiones y la hon-

da división del país, supo crecer de un modo diferente. Aglantándose, extrayendo fuerzas de su espíritu y su fe, la Universidad Católica de Chile se constituyó en uno de los bastiones de la lucha.

El Canal 13 —su principal medio de comunicación— supo ser voz de aquellos a quienes se negaba la voz y llevó más allá de Santiago la imagen de la verdad y del auténtico sentir de los chilenos.

Frente a la fuerza del mandato y a la decisión y sacrificio de la mayoría universitaria, nada pudieron los intentos de aquellos que, desde dentro y desde fuera, pretendieron someter la Universidad Católica de Chile a la negación de lo universal, de lo católico, de lo chileno.

Ha sido una larga, difícil, hermosa trayectoria la de estos ochenta y cinco años. A ella quiero rendir homenaje en los nombres de sus rectores: Joaquín Larraín Gandarillas, Jorge Montes Solar, Rodolfo Vergara Antúnez, Martín Rucker Sotomayor, Carlos

Casanueva Opazo, Alfredo Silva Santiago, Fernando Castillo Velasco.

Deséo agradecer, también, a todos los miembros de la comunidad académica que han colaborado lealmente conmigo en las labores que me corresponde desarrollar en mi calidad de Rector-Delegado, y a todos ustedes por acompañarnos en este acto.

Para las generaciones jóvenes de la Universidad, un mensaje muy sentido y muy sincero: Respondan con esfuerzo, con sacrificio cuando sea necesario, al privilegio que la Patria les otorga al colocarlos en este hermoso puesto de servicio. Los jóvenes demostraron su temple y generosidad en la lucha que acaba de concluir. Pero no ha llegado el momento del reposo: ese mismo temple, esa generosidad resuelta y alegre, deben ser parte, hoy más que nunca, de la gran tarea de la reconstrucción nacional. Chile necesita savia joven, talento nuevo y un gran espíritu de unidad para que el trabajo común y la armonía

nos abran un futuro venturoso.

Igual espíritu pido —y sé que voy a encontrarlo— en los que forman el cuerpo docente, de administrativos y auxiliares. De los ex alumnos, ligados estrechamente a este plantel por vínculos de afecto, espero colaboración y la imprescindible crítica constructiva.

Quiero, en fin, saludar muy especialmente a uno de esos ex alumnos, que hace cincuenta años se matriculó como estudiante de Derecho, y que hoy es el Gran Canciller de la Universidad, Monseñor Raúl Silva Henríquez, Cardenal Arzobispo de Santiago.

En fin, para alumnos, maestros, administrativos y auxiliares, vaya mi palabra sincera de solidaridad y aprecio. En ellos —en nosotros— recae ahora, tan claro y categórico como al principio, el mandato y la razón de ser de la Universidad Católica de Chile: servir eficazmente a la Patria, a Dios y a la "Universidad".